

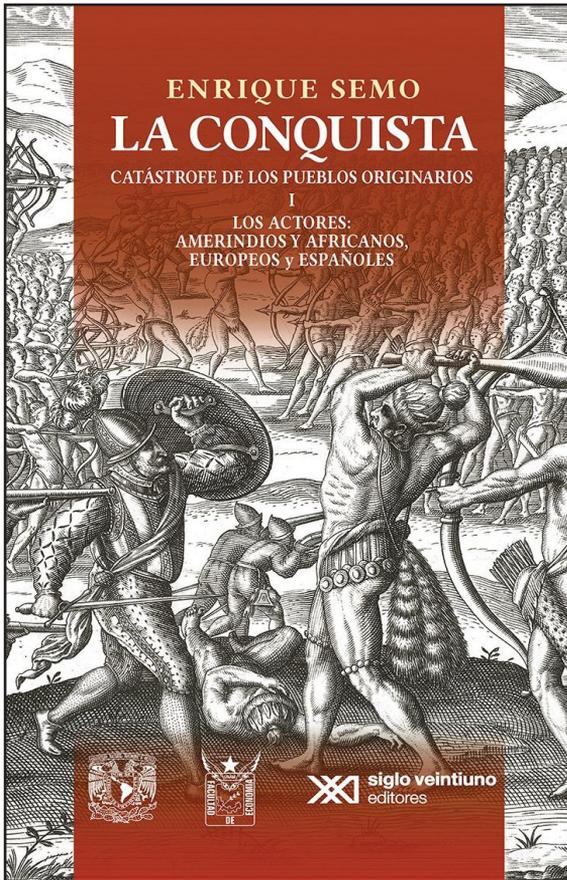
Enrique Semo, *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios*, vol. I: *Los actores: amerindios y africanos, europeos y españoles* y vol. II: *La invasión del Anáhuac, gran septentrión y sur-sureste*. México: Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México/Siglo XXI, 2019, 316 y 342 p.

A lo largo del 2019, se han llevado a cabo distintas actividades tanto en nuestro país como en el resto del mundo —congresos, coloquios, jornadas, entre otros—, junto con la salida, muchas veces de carácter oportunista, de sendas publicaciones —libros, artículos especializados o no, números especiales en periódicos—, y hasta distintas series, en diversas plataformas electrónicas, que “compiten” por atraer a una audiencia ávida de “conocer lo que realmente sucedió” en la llamada *conquista de México*. Mucho se ha dicho y escrito sobre dicha conquista, cuestiones interesantes, pero también mentiras repetidas durante décadas. Sin embargo, aún sigue y continuará dando “tela donde cortar”, porque éste es uno de los temas más recurrentes/romantizados/polémicos y reelaborados desde el mismo momento en el que sus protago-

nistas ibéricos y, posteriormente, sus aliados indígenas, tlaxcaltecas y texcocanos, narraron “su versión heroica” de los hechos acontecidos.

Debo enfatizar que reflexionar sobre el inicio del proceso de la conquista en el Altiplano central de lo que hoy llamamos México, con todas las complejidades y los matices que posee ese título histórico, es una tarea ardua, pero necesaria. Éste es un acontecimiento que resulta fundamental para el proceso histórico de muchas sociedades que componen nuestra humanidad actual, y que marcó definitivamente el imaginario social de lo que hoy se adscribe a “lo mexicano”. No obstante, la visión de la conquista suele ser arcaica, al recuperar, en una primera instancia, la mención únicamente de dos grupos, es decir, de un binomio antagónico y sin matices: los conquistadores europeos y los indígenas conquistados. Empero, el examen del amplio corpus documental de la conquista nos dice que sí hay matices y medias tintas; que los partícipes de aquel proceso eran mucho más distintos, plurales y heterogéneos entre sí de lo que suponemos, incluso dentro de su propio bando. Los “con-

quistadores” no eran aquella entidad homogénea y compacta de soldados en la que comúnmente solemos pensar, porque entre los castellanos y extremeños había también griegos, italianos e incluso combatientes y esclavos provenientes de África. Y, por otro lado, en el número de guerreros mexicas habría igualmente algunos de origen distinto; no todos los nahuas estaban aliados a Tenochtitlan, sino que muchos de otros centros, como Chalco, Huejotzingo, Texcoco y el afamado Tlaxcala, pasaron a ser fundamentales en el asedio final de los centros poblacionales ubicados en los lagos del Altiplano. Las fuentes no deben ser leídas linealmente, ni su contenido ha de tomarse al pie de la letra; es necesario asomarse entre sus líneas, rebuscar cuidadosamente entre sus pliegues, para identificar las visiones del mundo, las voces lejanas que nos llegan desde el siglo XVI o el XVII: las relaciones, las crónicas y las historias generales guardan un sinnúmero de elementos entretejidos de otras fuentes más tempranas que fueron destruidas o “interpretadas” en anales por los frailes franciscanos, con todas las limitantes culturales y los riesgos anacrónicos que



acuciosa, pues van más allá de los hechos que se refieren en las fuentes documentales tradicionales que se produjeron durante el complejo proceso de la conquista. El estudio de Semo invita a revisar, por ejemplo, el relato proveniente de las polémicas *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, capitán de las tropas castellanas, así como la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, obras que, desde sus títulos, nos indican una intencionalidad de construcción de narrativas marcadas por las necesidades políticas de quienes las escribieron: de inicio, dirigirse al monarca Carlos V para dar a conocer los elementos sustanciales que buscaron legitimar la empresa cortesana desde la propia

posee tal verbo con la dura visión escatológica de los padres seráficos.

Éste y otros problemas son los que se pueden encontrar en la obra de Enrique Semo, *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios*. Sus dos volúmenes comprenden dos maravillosos cuerpos narrativos: ordenados, claros, precisos, que exhiben una serie de temáticas que permiten al lector, lego o no, acercarse al problema desde una mirada crítica y

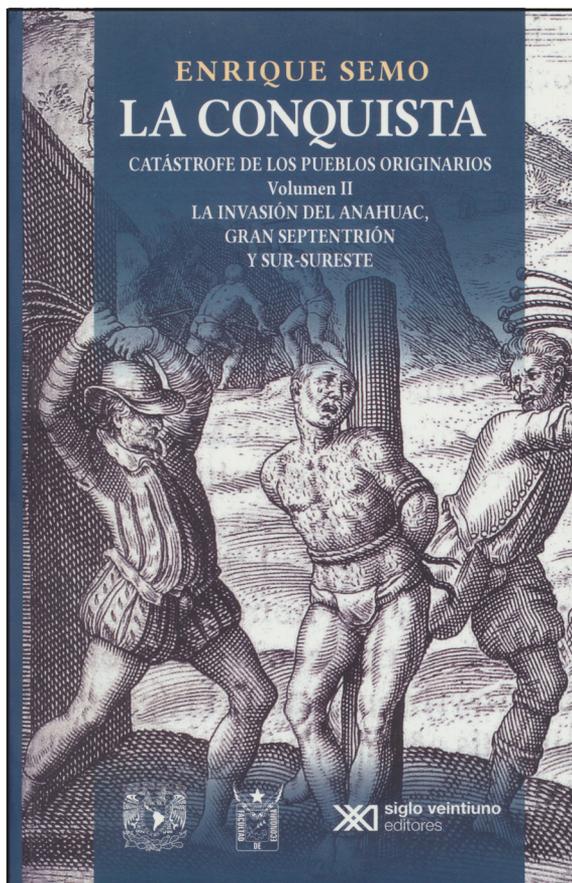
visión del capitán conquistador, a la par que construyeron una especie de ímpetu correctivo —que incluso puede resultar hasta cierto punto revisionista— de lo escrito y narrado durante las primeras décadas de existencia de un territorio denominado Nueva España, con su complicado andamiaje administrativo y de gobierno, espacio delicado y cambiante donde el reconocimiento propio de lo “hecho en servicio a la

corona hispana” era un recurso clave para subsistir en los altos estamentos sociales.

Enrique Semo nos presenta en estos dos volúmenes una obra compleja que, fiel al estilo del autor, lleva a los lectores de la mano para recorrer y repensar cuestiones no menores en los procesos de dominio de los territorios y sus poblaciones, como son el carácter global de la exploración, la conquista y la colonización de la Nueva España. Estas tres aristas ya han sido exploradas en décadas pasadas por distintos investigadores, nacionales e internacionales, quienes han llegado a inscribir diversos enfoques que construyen disímiles conclusiones y variantes que avivan la polémica siempre que las sociedades se

aproximan a su reencuentro temporal en fechas de “conmemoración”.

Es precisamente en este lapso de cuestionamiento para la sociedad mexicana del siglo XXI, iniciado en 1992 con el llamado “V Centenario”, en el que Semo nos introduce a un primer volumen, estructurado y conectado en cuatro capítulos: los tres primeros, “América 1491: el factor aislamiento”, “Europa: feudalismo y capitalismo



temprano”, “España. Apogeo y crisis”, a los cuales sigue el cuarto que toca un tema relevante y presente desde la introducción: “África. La cuarta raíz”. Este primer tomo da inicio a una reflexión sagaz y actualizada, ya que no sólo contextualiza el por qué y para qué de la conquista, sino que la apuesta de esta argumentación es mayor: se trata de recomponer la geografía desde la que se ha pensado el inicio de los choques

violentos entre paradigmas culturales, partiendo de un punto clave para entender la dinámica de los violentos contrastes culturales del siglo XVI: la propia relación de las monarquías de Europa occidental con los sistemas sociales del continente africano y su irrupción en las tierras que comenzaron a llamar como “América”. Me explico: desde la introducción del primer volumen, Semo esclarece desde qué lugar teórico e ideológico está reflexionando, y su voz interpela a ese lector que no es un agente pasivo, sino que se convierte en un interlocutor activo y reflexivo.

Quizá mi experiencia con su lectura me permite invitarlos a leer esta obra con la intención de pensar detenidamente si los cuestionamientos que realiza el autor no están más vigentes que nunca, ya que, al leer estos volúmenes nos confrontamos con nosotros mismos y con las prácticas que cotidianamente aceptamos y realizamos. Ejemplo de esto es la afirmación en la página 17 de la introducción del primer volumen: “La conquista de América nunca fue completa”. Estas palabras hacen que uno “detenga el camino” y reflexione sobre la complejidad de esta afirmación locuaz, pero cierta. Sin ir más lejos, pensemos en los levantamientos sociales de octubre del 2019 en Ecuador y Chile, con un peso importante de las organizaciones indígenas de ambos países, o en el golpe de Estado en Bolivia y su discurso “an-

tiindígena”, con una retórica “evangelizadora y de pacificación del territorio”, tal como se observó repetidamente en fotografías y en los noticieros.

El primer volumen de *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios* puede ser presentado a través de un hilo conductor invisible, pero ineludible: el poder, la memoria y la producción de la historia. Estos tres ejes, no menores y poco polémicos, están presentes y cuestionan la narrativa triunfalista exhibida, donde se obtura la diversidad y la historia se victimiza. Es decir, tenemos aquí otras vías analíticas, rutas de lectura de lo que se podría denominar una historia reordenada y una memoria tutelada. Por ejemplo, el corpus documental en torno a la conquista del Altiplano central mexicano es amplio y la información que se registró —si bien es sobre el mismo hecho— dista de ser igual en sus contenidos. Esto último se debe, en primera instancia, a la composición de los códigos escriturarios o pictóricos en los que se escribieron o representaron las fuentes, y, en segunda instancia, a los complejos interpretativos que denotan intencionalidades específicas que les eran de provecho a los autores, para, con ello, recomponer posiciones políticas, sociales y económicas en un orden convulso y poco estable. De ahí que nuestra labor historiográfica proceda a dar respuestas a las inquietudes que suscitan estos hechos, los cuales,

tras 500 años de camino andado, nunca tendrán un arco final de llegada, y que seguirán provocando numerosos acercamientos críticos —como lo son los dos volúmenes de la obra reseñada— que apelen a dar sentido a las preocupaciones sociales sobre la Historia.

En el segundo tomo de su libro, Enrique Semo se ocupa específicamente de la conquista de la Nueva España, un espacio, como él mismo lo aclara y enfatiza, conformado por pueblos originarios que poseían una visión del mundo completamente diferente a la europea, y cuya geografía humana, tras la imposición ibérica, se modificó, pero no desapareció. Debo hacer notar que el autor es exquisito al referirse a la palabra *conquista*, asunto al que, en estos días y en diferentes ámbitos académicos, no se le ha prestado la debida atención y urgente discusión, es decir, desde el lenguaje oficial de la monarquía española, ya que paulatina y “casualmente” fue sustituida por el concepto de *pacificación*. Nuevamente, Semo apela al atento lector para detener el fluido examen y repensar la apropiación irreflexiva de esta última categoría y otras similares que encontramos y utilizamos de manera automática en nuestro quehacer.

Así, el segundo volumen se divide en tres capítulos: “La conquista del Anáhuac. Derrumbe del Imperio mexica”, “La conquista inconclusa del gran sep-

tentrión: la invencible guerrilla” y “La conquista del sur-sureste: un dominio precario”. Acercarse a cada uno de éstos significa imbuirse en una complejidad pocas veces abordada y que acaso algunos estudios han examinado desde una mirada demasiado especializada, a diferencia de esta obra, la cual propone una crítica ordenada y completa de estos procesos de conquistas tan diferentes y disímiles. Considero que esta apuesta a mirar las conquistas, y no una conquista, no es casual ni oportunista, sino que responde a las preocupaciones que Semo ha tratado de responder a lo largo de su carrera académica, pero, sobre todo, a su necesidad de increpar a la historiografía clásica en torno a este proceso de choque y supervivencia. Este eje articulador se encuentra en cada uno de los temas que se desarrollan en los tres capítulos y, de manera contundente, en la exposición y análisis de los problemas de la resistencia/adaptación que se exponen en los casos de la hoy península de Yucatán, Chiapas, Oaxaca y Guatemala. Considero que la elección del autor de tocar o referirse a estos temas, ya en la última parte de su libro, no es azarosa, sino que responde a la estructura general de su estudio, cuya intención es producir reflexiones críticas en los lectores.

Sin duda, la propuesta a través de dos categorías tan polémicas como lo son resistencia y adaptación, enmarcadas en

estudios de caso tan peculiares, puede provocar cierta dificultad explicativa o que se confundan los sentidos de dichas categorías en su aplicación, pues la complejidad política de los territorios bajo dominio castellano, la alteración de sus dinámicas de supervivencia y las estrategias con las que sostienen algunos de los elementos que les dan sentido identitario a sus sociedades son premisas clave para un análisis heurístico que, al partir de las categorías resistencia/adaptación, motivan a pensar nuestras sociedades contemporáneas bajo las premisas de un pasado con claves muy concretas en procedimientos de dominación, ante los cuales los pueblos nunca han sido, ni serán, sólo espectadores y víctimas pasivas.

Considero que estos dos volúmenes pueden leerse uno tras el otro, según el orden propuesto por el mismo Semo, o al revés, ya que esta obra puede ser revisada en diferentes capítulos, sin que se pierda el punto central de su análisis. Esto es interesante de remarcar, ya que no creo encontrar en esta obra un orden cronológico, sino temático/problemático. Desde hace ya unas décadas, el análisis histórico e historiográfico se ha dado a la tarea de romper con los antiguos esquemas explicativos lineales y mecánicos. En gran medida, la producción más reciente se fundamenta en

una propuesta distinta y renovada: que los hechos históricos son irrecuperables en esencia, y que lo que nos llega de ellos es sólo una narrativa. Esto tiene implicaciones importantes, pues, si bien el relato o documento tiene un autor —o varios—, también refiere una secuencia de acontecimientos y supone la intervención de uno o diversos actores o protagonistas.

Por último, debo ser clara en que estos volúmenes escritos por Semo se nutren de un fuerte componente de creatividad que gravita sobre su esquema narrativo, bien fundamentado sobre los acontecimientos y personajes de las narraciones y sobre el historiador mismo, quien además convive con la lectura crítica, interpretativa, del lector. Esto resulta una combinación de amplio espectro, de formas cambiantes, de variadas yuxtaposiciones construidas sobre las elecciones particulares de espacios y problemas aún no resueltos. Es decir, que esta obra la pienso como una apuesta para recoger el desafío que el autor nos formula en cada apartado que desarrolla. Considero que hay secciones que, al volver a mirar como lectora, me llevaron a hacer un repaso detenido —inclusive con cierta incredulidad— de las crónicas de la llamada *conquista*, pues empecé a dudar de las expresiones y aseveraciones que este

autor formulaba. Para mi sorpresa, no sólo corroboré dichas citas, sino que generó una retroalimentación enorme para mi propio quehacer histórico: había tomado a la ligera muchas de las categorías en mis propios textos: pacificación, catástrofe, adaptación y resistencia estaban ahí, como aparatos teóricos que constriñen hasta cierto punto los horizontes metodológicos de la historia; los cuales se ocupan de los procesos, sí, pero que sobre todo cuestionan la composición de las sociedades humanas.

Por ello, propongo que estos dos volúmenes responden a una preocupación, no nueva, pero sí reformulada por parte de Semo, a lo largo de décadas de un riguroso examen crítico y de reflexión. Esto me permite intuir que el autor se ha dedicado a escribir y repensar de manera crítica y aguda distintas realidades sociales, como fiel exponente de una generación que propuso y generó un desafío. Es así como creo entender *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios*, como una invitación a pensar “ese” pasado, el de la Conquista y la Catástrofe, pero también el devenir, y con ello asumir la responsabilidad de repensar nuestras trayectorias sociales como pueblos que necesitan urgentemente proponerse nuevos pactos que den su justo lugar

a nuestras narrativas históricas “de conquistas”. Es decir, que replantear estas discusiones públicas nos conmina a pensar la disciplina histórica y su constante reordenamiento ético, teórico y reflexivo, el cual contribuye a analizar la complejidad enunciativa dentro de la enorme tarea humana de construir “justicia social”.

**CLEMENTINA BATTCOCK**

**ORCID.ORG/0000-0002-9899-1214**

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

cbattcockdeh@gmail.com

**D.R. © Clementina Battcock, Ciudad de México, julio-diciembre, 2021.**